

VENTAJAS DE LA PROSTAGLANDINA



Coja algún enfermo antiguo que tenga en casa.



Rocielo de prostaglandina.



¡Y ya tiene a su enfermo hecho un ramo de rosas!

NOTA: El Sindicato Nacional de Pompas Fúnebres y Similares ha elevado la correspondiente enérgica protesta.

ERASE una vez un modesto ejecutivo que vivía con su familia en una casita a las afueras de la ciudad, con media hectárea de jardín y una piscinilla de seis por doce. Tras largos años de esfuerzos y penalidades, aquel modesto ejecutivo había reunido una pequeña fortuna, y que les permitía vivir dignamente a él, a su mujer y a sus ocho hijos; la Misa de por la mañana, el aperitivo del mediodía y la partida de golf de por lo tarde absorbían gran parte de su pacífico vivir... Hasta que aquella noche, un cliente extranjero le llevó a cenar al *Restaurante Tailandés*; el maitre le recomendó el plato especial de la casa: ancas de rana preparadas con una salsa especial y hierbas exóticas. El modesto ejecutivo no era partidario de ningún tipo de extravagancia, y, ciertamente, el camarero oriental le inspiraba bastante repelús con sus ojos saltones

ancas de rana



y su piel verdosa, pero se dejó tentar por el garabato nítido, terso, de las ancas de rana blanquísimas presentadas sobre un plato de aljófara. El guiso estaba delicioso, pero las hierbas exóticas le dejaron un extraño regusto en el paladar. Esa noche, el pacífico sueño del ejecutivo se vio turbado por dantescas pesadillas, por absurdas visiones dignas de la paleta de Jerónimo el Bosco. «Has roncado esta noche de una forma muy rara», le dijo su mujer a la mañana siguiente, y en el desayuno, el más pequeño de los chicos: «Papá, esta noche he oído croar una rana cerca de mi cuarto». A mediodía, al volver del trabajo, el modesto ejecutivo se sentía muy cansado, y se desplomó en una

hamaca a la vera de la piscina; tenía los ojos hinchados de haber dormido mal y las extremidades entumecidas, como si tuviese membranas entre los dedos de los pies y de las manos. En aquel momento se acercó la criada: «Un señor pregunta por usted, señor, dice que es el padre Adobo». Antes de que la doncella hubiese podido urgir una mentira, ya estaba el padre Adobo entrando por el camino de grava que conducía a la piscina. La reacción del dueño de la casa fue culminante, a la par que inesperada: con una poderosa extensión de las dos piernas, saltó limpiamente desde la hamaca hasta la misma piscina, donde capuzó casi sin ruido, y una vez en las aguas azules, buceó con destreza hasta la parte más honda, y allí se quedó, inmóvil, pegado a la escalerilla, con las piernas abiertas y estiradas. «Papá se ha tirado vestido a la piscina», gritó un niño. Entre todos le sacaron, aunque no fue fácil, pues su cuerpo estaba mojado y escurridizo, y sus piernas habían adquirido de pronto una elasticidad insospechada en una persona de su edad. «Si quieren, vuelvo otro día», dijo el padre Adobo, bastante molesto ante el percance. «No —suplicó la señora, que acababa de volver de la peluquería—, quédese por si necesitamos su auxilio espiritual». Después de haberle secado y envuelto en una manta, el modesto ejecutivo se había quedado solo en su habitación y, al parecer, más tranquilo. No obstante, la señora mandó a la joven doncella al cuarto del señor con una taza de tila; a los pocos segundos, la pobre chica salió dando unos gritos horribles por el pasillo: «¡Socorro, socorro, el señor se ha vuelto loco!».

Tardaron en hallarle, porque se había escondido entre las plantas del invernadero y permanecía agazapado en una extraña postura: en cuclillas, con las piernas flexionadas, el torso inclinado hacia adelante y los brazos juntos, entre los muslos. «El, el ha sido», sollozaba la criada, y remangándose la falda, en un ataque de histeria, mostraba la señal rojiza del mordisco más arriba del muslo, en la nalga tersa y blanquísima, como anca de rana.

EL HIJO DE GUZMAN EL BUENO

